



EL FRAILE

GRAN COLECCION DE MEDITACIONES, EPÍSTOLAS, COLOQUIOS, JACULATORIAS, CORREAZOS, CANTO LLANO, SOLFEO, VÍSPERAS Y MAITINES; CON BÉTRATOS, PAISAGES Y GRUPOS DE ANIMALES, TOMADOS DEL NATURAL.

POR EL REVERENDO P. F.^r CANDIDO MEDINILLA.



EXCMO. SR. D. CRISTINO MARTOS.

Madrid, á los diez y ocho dias del mes de la bofetada ginovesa, segunda de este tenor (Noviembre) segundo año de la egira democrática.

EXCMO. SR.: Suelto el halcon, procura librarse del cascabel, reconociendo en su ruido el peligro de su libertad, y que lleva consigo á quien le acusa, llamando con cualquier movimiento al cazador que le recobre, aunque se retire en lo más oculto y secreto de las selvas. ¡Oh á cuántos lo sonoro de sus inmerecidos empleos les despertó la crítica y los redujo á su verdadero sér! Nunca Milciades hubiera en la prision acabado infelizmente su vida, si sordo é incógnito su valor á la fama, y moderando sus pensamientos altivos se contentara con parecer igual á los demás ciudadanos de Atenas.

A más de esto, señor, la envidia anda despierta y avispada detrás de todo linaje de encumbramientos para clavar su diente envenenado. Cuando el empleo ó la dignidad tiene por voz el justo merecimiento, entonces la envidia ensangrienta su boca cuando pone los dientes en las puntas de la clava y se venga de sí misma, asemejándose al hierro, que con la sangre que vierte se cubre de robin y se consume. El sacar á los rayos del

sol sus ojos el buho causa emulacion y envidia á las demás aves, y no le persiguieran si se encerrara en el olvido y sombras de la noche.

Estas consideraciones no van ciertamente encaminadas á motejaros por haber alcanzado el ministerio que os ha dado la revolucion, que aunque no habeis conseguido para semejante silla las dotes de experiencia y sabiduría que pide la altura de vuestro departamento, comparando á V. E. con otros ministros que os acompañan en el mismo palacio, sois un farol de zaguán al lado de un candil de cocina. Pero reparad con detenimiento las calidades y condiciones de los hombres que como delegados vuestros y de la nacion se han mandado para que os representen y la representen.

Proverbio fué de los antiguos *púrpura juxta purpuram-dijudicanda*. Para mostrar que las cosas se conocen mejor con la comparacion de unas con otras, y principalmente aquellas que por sí mismas no se pueden juzgar bien.

Habia en el templo de Júpiter Capitolino un manto de grana (oferta de un rey de Persia) tan realzada, que las púrpuras de las matronas romanas y la del mismo emperador Aureliano parecian de color de ceniza cerca de él. Si V. E. quiere cotejar y conocer los quilates y valor de los agentes diplomáticos que se han echado á peregrinar por las naciones de Europa, no los ponga á las luces y cambiantes que despiden el puente de Alcolea, porque le deslumbrarán la vista y hallará desmentido su color. Compare V. E. las condiciones de estas lumbres con las de sus antepasados, y conocerá la diferencia entre unos y otros.

Allá por los tiempos de Mari-castañas, ó lo que vale tanto como decir, por los tiempos del oscurantismo, para ser agente diplomático se exigia al hombre llamado á desempeñar este oficio tantos requisitos y zarandajas, que no habia manera agible de formar un ministro para el exterior, porque se pedia nada ménos que conomientos sobre el derecho de gentes, por el cual se arreglan las relaciones de los pueblos, lo mismo en tiempo de paz que en tiempo de guerra. Se pedia á más de esto, máximas políticas como resultado de la razon de estado, y saberlas conciliar con el derecho de gentes. Era necesario el conocimiento de los privilegios y de los deberes de los agentes diplomáticos; saber la manera de conducir las negociaciones en la discusion de los intereses entre los Estados. Conocer la estadística física y moral de todas las potencias, y la historia política y militar de los pueblos con quienes se está en relacion frecuente, así como la marcha y tendencia de los distintos gabinetes. Tambien querian que se aprendiesen los diferentes sistemas que podrian adoptarse, tales como los de dominacion, de supremacia, de conveniencia, de conservacion, de equilibrio, de centralizacion, de confederacion, etc., y el arte de composicion diplomática. A más de esto, era menester un conocimiento muy cumplido de la situacion geográfica de todas las partes que componen el Estado en que se funciona; el conocimiento acabado de los intereses y de las relaciones comerciales y de los recursos físicos y morales de este mismo Estado. El conocimiento exacto de los derechos y de las pretensiones del soberano cimentados en los tratados y las convenciones; el estudio de los principios y miras políticas del monarca; saber el arte de dirigir las negociaciones de los agentes diplomáticos enviados al exterior; un conocimiento fijo de los medios físicos y morales de las potencias con las cuales se está en relaciones directas. Habia que aprender la historia y literatura del derecho de gentes, y repasar las colecciones de tratados y actos públicos, como fuente del derecho de gentes positivo; estudiar las obras que sirven para la historia y para la interpretacion de los tratados políticos; estudiar las memorias históricas sobre negociaciones; repasar las colecciones de actos y oficios diplomáticos acerca de las negociaciones más recientes; saber la historia general y política de la Europa moderna, con la historia particular de ciertas épocas; geografía y estadística

moderna, y la política y ciencia del gobierno y economía política, amen de tres ó cuatro idiomas.

Vaya V. E. eslabonando esta cadena de conocimientos con otros que me callo, y dígame si todas los agentes que se han enviado al exterior se encuentran con estas calidades. Looada sea la Providencia que, nos ha deparado tiempos más libres y desenvueltos en los cuales pueden aparejarse diplomáticos como Montemar, de cuyos buenos oficios en Italia ya tiene V. E. conocimiento. Tiempos venturosos en los que nos estamos, donde un señor Mazo, al decir de un periódico, en Viena, presentó sus credenciales al soberano de Stultgart, é invitado á las carreras de caballos, conversó sobre las costumbres españolas. ¿Y sabe V. E. lo que la reina y la corte oyeron con más placer y contentamiento, segun lo expresa el mismo periódico? Sin duda vais á imaginaros que habló allí de nuestras glorias históricas ó de nuestra antigua literatura?

No, Excmo. Señor; ese enviado habló de *los lances de nuestras corridas de toros*; de suerte y manera, que para poder explicarlos, debió el diplomático español recordar las actitudes del picador, las del banderillero y la del matador, con lo cual habrá dado materia á SS. MM. y al cuerpo diplomático extranjero para admirarnos y reflexionar, que por el criado se comprende quien es el amo, y alla vá ese pedazo de honra para la pobre España, y para vos mismo.

Disimule V. E. las oficiosidades de este fraile, por meterse donde no le llaman; y os recomiendo á Sancho Panza, que ya es alcalde de barrio y tiene barruntos de diputado y segun observo, bien puede, andando el tiempo, llegar á la categoria de embajador siendo Gasset y Artime vuestro subsecretario. Es muy de V. E. este su amigo sincero y hermano en J. C.

FR. CÁNDIDO MEDINILLA.

COLOQUIOS Y CORREAZOS.

§ XIX.

Donde se narran las consecuencias que llevan en pos los insomnios de los que no tienen juicio.

Sorprendiome el sueño en el momento en que yo meditaba sobre este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaqueria, porque confieso, que la relacion de Sancho me dejó pasmado y convertido en un verdadero bausan; de manera que me dormi dejando al tiempo que hiciese de las suyas, que él es el mejor médico de estas y de otras mayores enfermedades.

Pero á sacarme de mi reposo vino el siniestro y misterioso pisar de una especie de sombra, que á manera de fantasma y en talle de quererme hablar, se fué poco á poco aproximando á mi lecho. Sentéme asombrado y medroso sobre el mullido colchon, imaginándome presa de alguna pesadilla sin ser bastante poderoso á sacudirle; pero asegurado, por el tiempo trascurrido, de que aquello que con tan misterioso y menudo paso se me venia no era sombra, sino cuerpo, dije sobresaltado.—«¿Quién eres?» Y la vision me contestó:—«Cardenio.» Y era Cardenio en cuerpo y alma, qué pálido, enjuto de carnes, estirado de cara, y sin más ornamentos que la camisa, se llegaba á mí con una palmatoria en la mano para decirme:—«Ya tengo dado fin y término victorioso á mi zarzuela; cuyo argumento os vengo á referir, no sólo para entretener, deleitar y embelesar vuestra atencion, sino para que esta mi santa inspiracion se afirme y robustezca en mi cabeza y en mi corazon.—Dejadlo para mañana, le respondí, y arrullad vuestro pensamiento en la cama, y quién sabe si de ese modo saldrá más entero y con mayores lindezas y donaires, que más reluce un diamante si de continuo y esmeradamente se pule.—La inspiracion es hija del cielo, me repuso, y llega hasta nosotros pulida y aderezada con los encantos que le transmiten y delegan las

musas que me escuchan y amorosas me miman, agasajan y lisonjean. Escuchadme, padre, que yo no he de volverme á la cama sin revelaros mi argumento, sin pintaros lo que veo con los ojos de mi despojado entendimiento.»

Y no encontrando forma de apartar á Cardenio de su diabólico propósito, asenté mis espaldas sobre la cabecera del lecho, (en este instante dedolor) diciendo al demente que atento le escuchaba. Este soltó la palmatoria, y con ademanes, tan solemnes y gallardos, como trágicos y aterradores, me expresó sus ideas del siguiente modo:—«Imaginad que el lugar en que nos hallamos ahora es una cueva de ladrones. Que estos ladrones, comen, beben y brindan por las víctimas á quienes han despojado, despues de haberse repartido el botin. Los comensales ven venir á lo lejos un hombre de noble postura y gentil continente, que trayendo en su mano una corona, la arroja lejos de sí exclamando: «¡Abajo la inmoralidad!» Los bandidos se levantan, reciben con algazara al aparecido, y gritan frenéticos y embriagados con el licor de la mesa: «Este ha de ser nuestro capitan.—Yo no quiero robar, responde el victoreado.—Nosotros robaremos; te daremos el mando de la cueva, y te sustentaremos con los productos de nuestro merodeo. Sé nuestro jefe; tu deber será comer, beber, oír, ver y callar.—Me conformo, dice el interpelado, y tornó á gritar: «¡Abajo la inmoralidad!» La música preludia un aire melancólico y pausado; la cueva vá desapareciendo poco á poco; truena el firmamento; se vé correr mucha sangre; los diablos se desencadenan y se matan los unos á los otros; llueve fuego; se ven muchos mendigos recorrer la escena, hasta que sereno el cielo, queda solo en el tablado el hombre que arrojó la corona, que poniendo la mano en su conciencia, exclama atribulado: «¡Qué he hecho, Dios mio!»

«El remordimiento entonces se le presenta vestido de muger, y despues de mirarle con risa sardónica; le pregunta: «¿Me conoces?—Sí, responde el capitan atribulado;» y el remordimiento le dice; «¿Eres tú el que has arrojado esa corona, exclamando abajo la inmoralidad? Veo que los diamantes que la circuyen están empañados; pero veo tambien, miserable, que no eres tú el encargado de devolver á esa diadema el brillo que ha perdido, porque tú fuiste el primero que la manchaste; tú el primero que con planta de ladron cauteloso penetraste en los escondrijos del alcázar; tú el primero que llenáste en la mesa egrégia la copa del desdoro; tú el primero que profanastes el tálamo nupcial de una mal aconsejada princesa; tú el primero que la conducistes por la senda de su perdicion; y tú el primero que alargastes tu mano codiciosa para recibir los dones y preseas que generosa te daba por tus impuros merecimientos. ¿Y te atreves, villano, todavía á tirar esa corona y á rodearte de los bandidos que me despojan de lo mio para gritar desconcertado y olvidadizo «abajo la inmoralidad?»—¿Vás á vengarte? pregunta el capitan.—No, le replica el remordimiento; la Providencia ha tomado á su cargo mi venganza. Con la misma espada que me has herido, hiere en estos momentos la honra de tu casa. Podrá ser falso el murmullo de la maledicencia; pero justa y merecida la expiación. Súfrela con ánimo tranquilo y frente serena que estoy segura que ha de llegar hora y lugar de mayores desventuras para ti y para tu casa.»

Conociendo mi paternidad, que las palabras de Cardenio se iban eslabonando cada vez con más consistencia y pujanza á medida que subía de punto su entusiasmo, y que para mejor sazonar sus pensamientos se esforzaba en buscar diferentes salsas y apétiles con el propósito de cautivar más profundamente mi atencion, le rogué que cortara el hilo de su discurso, y que al siguiente día tendríamos proporcion y coyuntura para añadirle; pero como los locos duermen poco, y como además le tenían á este desvelado los encendimientos de su inspirada imaginacion, se opuso á hacer aqui testanco de su discurso, y prosiguió por lo tanto ensartando los desvariados despropósitos que sin reposo le asaltaban de la manera que voy á contar; por lo que recobrando Cardenio su actitud primera, dijo:—«Desaparece el remordimiento por entre una nube de oro y filigrana, y váse el capitan repuesto de ánimo y aparente fortaleza, y sale por el fondo del teatro un hombre calvo en traje talar á la griega, á guisa de filósofo ó sábio, llevando sobre sus hombros una caja en la cual se distingue un letrero dorado que dice: *Depósito*. Asíéntala sobre el tablado, saca un silbato convocativo que infla con el viento de su boca, y aparecen los salteadores, á quienes el sábio les dice:—«Ya encontré dinero para nuestras necesidades. Toma tú este talego lleno de oro, que metió en esta caja un comerciante para afianzar el crédito y buena fama de su industriosa casa. Toma tú este otro, que introdujo aqui el hombre honrado y laborioso, como ahorro de sus ganancias y á costa de privaciones y penalidades. Toma tú esta bolsa que tiró en este lugar la viuda para soportar con menos quebrantos las amarguras de la vejez.» Y á este tenor vá repartiendo dinero, hasta que uno de los bandidos le pregunta: «¿Y que vas á meter en lugar del dinero que nos das?»—«Ignorais que soy un sábio? le responde el filósofo. Aqui he de meter muchos rollos de papeles impresos y litografiados con la sangre y el sudor de los tontos. «Salen mu-

EL FRAILE.



ESTE SOLTÓ LA PALMATORIA, Y CON ADEMANES TAN SOLEMNES Y GALLARDOS, COMO TRÁGICOS Y
ATERRADORES, ME EXPRESÓ SUS IDEAS DEL SIGUIENTE MODO: *Meditación 8.ª, pág. 60.*



chos comparsas llorando, los que al oír las últimas palabras del filósofo, caen de espaldas como accidentados, y el sábio y los bandidos cantan y bailan el *can-can*. Cae de arriba la cortina, y figúrase que este es un cuado final de mucho efecto.»

Yo, entonces, viendo terminada la jornada primera de esta composicion, y ballándome con más ganas de dormir que de escuchar tan desatinados bureos, le interrumpí de industria para desviarle de su narracion y entorpecer el argumento del drama trágico-fantástico que él llamaba zarzuela, y le pregunté:—«¿Y no hay, amigo Cardenio, entre los personajes de vuestro ingenioso y bien meditado poema ningun hombre alegre y de lucios cascos, que sazone y entretenga con fáciles y chistosos divertimientos esos pasages tan llenos de tristura que me habeis contado?»—«Si, señor padre, me respondió; sí que los tengo, y he de sacarlos á relucir cuando el espectador menos lo cate y lo infiera. Tengo en esta fiesta arlequines, bufones y ruñanes; uno que lleva la conatabilidad del palacio que fué de aquella muger que se apareció bajo la forma del remordimiento; otro, que con piel de becerro se hizo ministro; y á este tenor y semejanza irán saliendo muchos de mi obra tiene que ser el que yo llamo el hombre del garrote, que con él le hemos de ver en la escena al final y como desenlace de mi obra.»—Y aquí lo dejaremos, si os viene en gracia, dije á Cardenio, porque ya despunta el alba, y se desliza en mi celda por entre las rendijas y junturas de las puertas de mi ventana. Idos, pues, á la cama, y reposad el corto espacio que os queda para saludar al nuevo día.»

Retírose Cardenio á su aposento, y yo salté de la cama, y cogiendo la pluma, escribí una carta al director del establecimiento de Santa Isabel de Leganés, participándole lo molesto y enojoso que me era tener un huésped que á su casa y su cuidado pertenecía.

§ XX.

Que trata de las coplas que encontró Sanchico en el aposento de Cardenio.

El director de aquel establecimiento vino por el loco y se lo llevó; y aquel mismo día vi que Sanchico recitaba unos versos. Llaméle, y le pregunté que dónde habia aprendido aquello que recitaba, y mostrándome un papel manuscrito, me dijo:—«No los aprendí, padre, los leo. Son unas coplas que me he encontrado en el cuarto donde ha dormido el Sr. Cardenio.» Cogi el papel y le pasé los ojos, y comprendí por su contenido que Cardenio habia querido poner en verso su disparatada obra, pues hallé que debajo de un epigrafe que decia: *Monólogo del primer bandido*, se leía este soliloquio puesto en romance:

BANDIDO 1.º

«Yo he nacido valadi,
y me engendró la soberbia,
y aunque las gentes murmuran,
y me disparan sus flechas,
¿qué importan tales disparos
al que perdió la vergüenza?
Ese cármin trasparente,
luzca y brille enorabuena,
en la inocente mejilla
de la tímida doncella.
Mi color cetrino dice,
que la bilis me sustenta,
que la ingratitud me abrió
del poder las anchas puertas;
que el pundonor, la honradez,
son siempre palabras huecas,

que en llegando á mis oídos
en sus paredes se estrellan;
y como el viento las rompe,
en mi pecho no penetran.
¡Quiero lujo, ostentacion,
dones, títulos, riquezas;
que me llamen el ilustre,
altivo, intrépido, alteza;
aun que los tontos me ensalcen,
y los pillos me defiendan,
que siendo de mí devotos,
yo les daré á manos llenas
los relieves del festín,
las migajas de mi mesa,
porque rumiando levanten
mis mentirosas proezas.
Y si alguna vez erguido
puedo mover la cabeza,

sin que las leyes lo estorven,
enseñaré á esos babiecas,
que en alzarme hasta las nubes
hoy serviles se deleitan,
que en yo teniendo sicarios
sujetos á mi obediencia,
porque fueron mis criaturas,
y les di pan de mi mesa;
he de ser el soberano
de cuanto abarque y contenga
el dilaidado confin
de esta envilecida tierra.
Yo he trocado el uniforme
del militar en librea

Y grité: ¡Patria con honra!
¡como si yo la tuviera!
porque llevaba en el pecho
otro pendon, otra enseña,
que en campo rojo decia
este fatidico lema:
«¡Ingratitud, ambicion,
»Exterminio y cruda guerra
»al decoro, á la lealtad,
»á los reyes y á la Iglesia!
Porque todo es hacedero
si la ambicion nos alienta,
y estas tres cosas no existen:
¡HONOR, LEALTAD Y VERGUENZA!»

Luego que hube leído este monólogo del primer bandido de su zarzuela trágica, entendí que Cardenio se había hallado en este instante furiosamente metido en los fuegos abrasadores de su nocturna inspiración.

HOJAS SUELTAS DE LA CARTERA DE UN FRAILE.

N. VIII.

Es mi propósito, lector amado, que ántes de penetrar en el territorio de la república del Paraguay, me permitas una corta digresion, que me será de gran gusto exponerla, y á ti de gran provecho escucharla. Tiempo sobrado he de tener para narrar sucesos que te asombren y entretengan, por más que se te figuren extraños é inverosímiles, que yo te los presentaré de modo y con tal copia de documentos, citas y autenticidades, que no dudarás de mis palabras en todo cuanto te vaya refiriendo.

Cuando yo leía las antiguas relaciones que sobre el Paraguay nos dejaron algunos de sus primeros misioneros, creía exajerado lo se que refiere de la vegetacion rica y florida que allí ostenta la naturaleza. Pisando ahora el territorio paraguayo, ántes que encontrar exageradas esas relaciones, no cesaba de admirar el esplendor con que allí ostenta la Providencia del Criador supremo el caudal inagotable de sus bienes.

La Asunción, ciudad capital y residencia del gobierno del Estado, ocupa una situacion deliciosa en la falda de un cerro cuya planta riega el rio Paraguay. Nada de notable existe en ella, ni en templos, ni en otros edificios públicos. Las casas son sumamente sencillas y muy pocas tienen más de un solo piso. El pavimento de las calles se encuentra tal como lo encontraron los conquistadores cuando fundaron esta ciudad, al menos así lo hacen creer los profundos barrancos que se ven en todos ellos. Cerrado como ha estado el Paraguay durante treinta años al comercio, y alejado del trato con las demás naciones, no han tenido ocasion sus habitantes de adquirir usos que exigirían mejoras importantes en la capital de la república.

Pocos son los hijos del país que han salido para visitar lugares que puedan darles idea del movimiento que lleva á los Estados á su perfeccion y embellecimiento material, y menos todavía los extranjeros que llegaron al Paraguay con voluntad y con medios de procurarlo.

Los mejores edificios que existen en la Asuncion, así como en todo el Paraguay, pertenecen á la época de los jesuitas, y algunos que se ven en las provincias, por su grandeza y suntuosidad podrian figurar bien, no solamente en aquella capital, sino en cualquiera de América ó Europa. He de citarte aquí dos, y sera el primero el templo y la mision de Jesús que los PP. dejaron incompleta en el momento de su expulsion. La magnificencia de este edificio revela en el pensamiento de sus fundadores la grandeza que cautiva y embelesa la imaginacion de las almas contemplativas y generosas. Los que miran aquella majestuosa sucesion de pórticos, pátiós y columnas; los que admiran aquellos soberbios muros que retan desnudos y en pié las tormentas y los aluviones, y los que no paran de elogiar el primor y la maestría de las bóvedas y de los arcos que los

sostienen, no ven simplemente lo material del edificio, ni admiran su armonía con las reglas del arte que lo dirigen, conducen su pensamiento hasta penetrar en el de sus autores y en el gran libro que le abren tanta diligencia empleada, tantos materiales acopiados y tantos estudios hechos con tanta meditación para llevar á cima aquella obra, descubren indubitavelmente el plan que se propusieron. Una gran población, que aumentándose cada día, se agolpaba al rededor de la misión: una gran población, vuelvo á decir, que pedía á sus directores con el pan cotidiano la educación y el trabajo; una gran sociedad fundada sobre cimientos cristianos y gobernada también por los principios cristianos, una sociedad, en cabo, en cuyo corazón ardía viva é inflamada la fé, me demuestra sin tropiezos ni vacilaciones cual debía de ser el fin que se propusieron los jesuitas al echar los cimientos de obras tan sublimes y agigantadas, y tan sorprendentes como la de Jesús.

Al lado de este se me antoja poner el templo y la misión de santa Rosa, que infinitamente inferior al de Jesús, se le alza por su grandeza y por sus ornamentos á todos los demás que se hallan en el Paraguay. El que haya visitado estos edificios y observado la solidez de su arquitectura, la belleza de su forma, la elegancia de sus adornos, y la unidad admirable de su plan, y se vaya luego á los tiempos en que se fabricaron, reconocerá como muy adelantados en las artes, á los hombres que las ejecutaron. Hoy, después que ha fenecido casi un siglo, cuando las artes han volado á la mayor maravilla, y cuando los adelantamientos en la mecánica, en la arquitectura y en la maquinaria, permiten que se construyan obras que un siglo atrás se hubiesen juzgado imposibles, en el Paraguay no se ha encontrado quien pudiera dirigir la construcción de un templo sencillo. Y un siglo atrás, había allí arquitectos tan diestros y habilidosos que ejecutaban obras como las de Jesús y santa Rosa. Cuando el entendimiento reflexiona sobre verdades como estas, conoce claramente ese choque continuado á que está sometida la especie humana en todos los países y bajo todos los climas de la tierra. Algunos hombres empeñados en hacer el bien, empujan á los demás, y aun apesar suyo muchas veces, los obligan á marchar adelante en la moral, en las artes y en todo cuanto contribuye á su ventura; al paso que otros, condenando la conducta noble y generosa de aquellos, trabajan por enclavar la barbarie sobre la civilización, y persiguiendo á los verdaderos bienhechores del género humano, de sean que desaparezcan las más bellas obras que estos legaron á la tierra. Contemplando los suntuosos restos del Jesús se comprende aquella verdad en toda su extensión. Sobre los muros han crecido árboles que los arruinan; las bóvedas rotas soportan infinitos arbustos; el pavimento destinado á servir de templo á la Divinidad, se ha transformado en espesa selva, y todo el trabajo de años dilatados ha perecido.

Los enemigos de la Compañía, que no pueden negar los servicios que á la religión y á la sociedad prestaron los jesuitas del Paraguay, forjaron contra ellos grandes calumnias para despojarlos de la protección de los soberanos y del amor de los pueblos. Los jesuitas que convirtieron aquella región no eran, según ellos, mas que especuladores que se enriquecían con la sustancia de los pueblos; no gobernaban á estos con leyes sancionadas por algun poder legítimo, sino que los tiranizaban á su antojo; predicaron algunas veces la rebelión y fueron sorprendidos alguna vez capitaneando rebeldes y con armas en sus manos. Así hablan los que no consultaron ni leyeron la historia de la época que dice relación con aquellos hechos. Yo, que los he conocido en las fuentes más verídicas é imparciales, me hallo lejos de apoyarlos, y antes bien, vivo convencido de que el triunfo de los calumniadores de los jesuitas del Paraguay, que trabajaron por su extinción, causó la ruina moral y el completo retroceso de este país, digno de suerte más afortunada.

Entre las calumnias que forjaron contra los jesuitas sus enemigos, una fué que trabajaban por emancipar al Paraguay, coronando un rey nacional tomado de la familia indígena que gobernaba las tribus al tiempo de la llegada de los españoles. En el suntuoso templo del Jesús veían estos el palacio real; en los naturales, organizados en milicia activa por una cédula del rey de España, la fuerza que debía sostenerlos y en los Padres de la Compañía los consejeros y ministros de la monarquía. La fábula del proyecto de constituir con el Paraguay y con las misiones de Corrientes una monarquía, fué una de las imposturas que urdieron Pombal y el conde de Aranda, para influir en el ánimo de monarcas débiles y arrastrarlos á obrar según sus intenciones. Sólo en estos antecedentes deberé buscar el origen de aquellas invenciones.

Cuando se trata de conocer hasta qué punto son felices los pueblos, no solamente se ha menester observar su situación presente y los elementos que se adunan para hacer esta más ó menos feliz, sino compararlos con otras que atravesaron esos mismos pueblos durante su vida social. Algunos han creído un hermoso episodio lo que se ha escrito sobre el gobierno de las misiones del Paraguay, que durante casi dos siglos estuvo administrado por los Padres de la Compañía,

Tan bella y unida se observó allí la acción cristiana, que sorprendía ver una sociedad formada no ya de muchos individuos, sino de muchas familias y aun de muchos pueblos, que marchaban de una manera tan perfecta. Sólo al Cristianismo está reservado este poder. Y yo pregunto: ¿fue más feliz el Paraguay sometido al régimen de los jesuitas, ó lo ha sido después, cuando proclamada su independencia, se ha gobernado por leyes y mandatarios instituidos por él mismo? Vamos á verlo; los hechos lo dirán: yo referiré lo que he observado; la respuesta dedúzcala mi leyente.

UN BOSTEZO DE MARI-SANCHA.

Como yo no tenía ganas de pasear y Teresa, Mari-Sancha y Sanchico, estaban ganosos de ver el palacio de doña Isabel de Borbon, me negué cuanto pude á esta expedición temeroso de algun accidente parecido al encuentro de Cardenio; pero Mari-Sancha, de suyo cariñosa y expresiva, y que se va poco á poco entrando por las puertas de la lisonja, me habló de esta manera: —«¿Cómo podrá negarse su paternidad á nuestro deseo, siendo tan bueno, tan condescendiente, caritativo y bondadoso?» Y aquí comprendí yo lo que es la fuerza de la adulación, á cuanto se extiende, y cuán dilatados son los límites de su agradable jurisdicción; y fué el caso, que no pudiendo resistir, con mi sálita condescendencia y mansedumbre, accedí á tan expresas indicaciones y nos pusimos en marcha hácia el palacio. En llegando á él comenazaron los tres á admirar la grandiosidad y anchura de sus galerías; pero Mari-Sancha se fijaba en el pavimento, que hallaba lleno de polvo; en sus cristales, que los veía empañados y cubiertos de telarañas, y yo les decia:—«Mirad. En aquel rincon está el ministerio de Estado del cual es hoy jefe supremo don Cristino Martos; aquella escalinata que allí veis da entrada al ministerio de Ultramar y es su jefe el Sr. Becerra; á este lado, y por aquella puerta, se va á la secretaria del patrimonio, de la cual es secretario D. Manuel Ortiz de Pinedo; por aquella otra parte se sube al departamento que hoy ocupa el regente del reino.»—«¿Ay padre, interrumpió Mari-Sancha! ¡Cuanta basura hay en esta casa!» Y era, que como mujer pulcra y hacendosa no podía mirar con ánima sosegada el descuido de su servidumbre.—«Ya vendrá la escoba, dije yo, para barrer la casa.» Y como era día de San Eugenio, nos fuimos al Pardo para ver al pueblo comer bellotas.

ESTORNUDOS.

Esta vez no tenemos *visperas* ni *maitines*. Los constituyentes saboyanos van al Congreso á guisa de duelo para cantar los funerales del duque de Génova. El marqués de Salamanca es el encargado de presidir el duelo, y el papel de lloron lo hace Mr. Martin. ¿Y quién ha dado á Salamanca vela en este entierro? preguntarán mis leyentes. Salamanca es una gran figura. Es un Estado, puesto, que como los Estados, á los cuales no alcanza la ley civil, ni quiebra, ni paga.

De priesa y de pasada, me dijo Sancho el otro día, acercando sus gruesos lábios á mis orejas. —«Compre su paternidad acciones del banco Fornerod.»—¿Qué banco es ese le pregunté, y él me contestó.—«Se lo explicaré dentro de pocos días. Pasamonte está para regresar de su viage y tiene datos seguros sobre esta negociación. Yo seré rico, Ginés será rico, su paternidad será rico, y muchos serán ricos... hablaremos despacio que el asunto tiene urdimbre y habemos de hilar de lo lindo.

CONDICIONES DE ESTA PUBLICACION.

En Madrid.—4 reales un mes, 10 tres; 18 seis y 32 un año.
En provincias.—12 reales, 3 meses; 22 seis; 40 un año, haciendo el pago directo; y 14, 26 y 46 respectivamente, suscribiéndose por medio de corresponsales.
En Ultramar y extranjero.—20 rs trimestre, 38 semestre y 72 un año.
Número suelto.—medio real. Lámina un real.
Puntos de suscripcion en provincias.—En las librerías principales y comisiones de empresas periodísticas.
Puntos de suscripcion en Madrid.—En todas las principales librerías y en la Administración situada en la traviesa de la Maestranza, 7 y 9, principal izquierda, á donde se dirigirá toda la correspondencia y pedidos de suscripcion y á nombre de D. Antonio Boedo, administrador del mismo.
No se servirá suscripcion alguna sin que se acompañe, al pedido su importe, en sellos, libranzas del giro ó en letras de fácil cobro.

MADRID: ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE B. VICENTE, CALLE DEL CLAVEL, NUM. 4.